

Pero ninguno ha dicho en particular qué cosa sea esta naturaleza, ni en qué género de causas se ha de poner. Sólo afirmaron que faltando ella en el que aprende, vana cosa es el arte, la experiencia, los maestros, los libros y el trabajo (1).

«La gente vulgar, en viendo á un hombre de grande ingenio y habilidad, luego señala á Dios por autor, y no cura de otra cosa ninguna, ántes tiene por vana imaginacion todo lo que discrepa de aquí; pero los filósofos naturales se burlan de esta manera de hablar. Porque puesto caso que es piadosa, y contiene en sí religion y verdad, nace de ignorar el orden y concierto que Dios puso en las cosas naturales el día que las crió; y por amparar su ignorancia con seguridad, y que nadie las pueda reprender ni contradecir, afirman que todo es lo que Dios quiere, y que ninguna cosa sucede que no nazca de su divina voluntad, y por ser ésta tan gran verdad, son dignos de reprehension; porque, así como no cualquiera pregunta, dice Aristóteles (libro 1, Topic.) que se ha de hacer de la misma manera, ni cualquiera respuesta, aunque verdadera se ha de dar.»

Estando un filósofo natural razonando con un gramático, llegó á ellos un hortelano curioso, y les preguntó qué podía ser la causa que haciendo él tantos regalos á la tierra, en cavarla, ararla, estercolarla y regarla, con todo eso, nunca llevaba de buena gana la hortaliza que en ella sembraba; y las yerbas, que ella producía de suyo, las hacia crecer con tanta facilidad. Respondió el gramático que aquel efecto nacía de la divina Providencia, y que así estaba ordenado para la buena gobernacion del mundo; de la cual respuesta se rió el filósofo natural, viendo que se acogía á Dios por no saber el discurso de las causas naturales, ni de qué manera producian sus efectos.

El gramático, viéndole reir, le preguntó si se burlaba de él, ó de qué se reía. El filósofo le dijo que no se reía de él, sino del maestro que le habia enseñado tan mal; porque las cosas que nacen de la Providencia divina, como son obras sobrenaturales, pertenece su conocimiento y solucion á los metafísicos, que ahora llamamos teólogos; pero la cuestion del hortelano es natural, y pertenece á la jurisdiccion de los filósofos naturales, porque hay causas ordenadas y manifiestas, de donde tal efecto pueda nacer (2). Y así, respondió el filósofo natural (3) diciendo que la tierra tiene la condicion de la madrastra, que mantiene muy bien los hijos que ella parió, y quita el alimento á los del marido, y así vemos que los suyos andan gordos y lucidos, y los alnados flacos y descoloridos. Las yerbas que la tierra produce de suyo son nacidas de sus propias entrañas, y las que el hortelano le hace llevar por fuerza, son hijas de otra madre ajena, y así les quita la virtud y alimento con que habian de crecer, por darlo á las yerbas que ella engendró.

Tambien cuenta Hipócrates (4) que yendo á visitar

(1) *Primum quidem omnium natura opus est; natura enim repugnante irrita omnia sunt.* (Hip., Lex.)

(2) De cada ciencia se ha de saber hasta dónde llega su jurisdiccion, y qué cuestiones le pertenecen.

(3) Aristóteles, lib. 1 Ethic., cap. iv.

(4) In epistola ad Damagetum.

á aquel gran filósofo Demócrito, le dijo las locuras que el vulgo decia de la medicina, y eran «que, viéndose libres de la enfermedad, dicen que Dios los sanó, y que si él no quisiera, poco aprovechará la buena industria del médico.» Ella es tan antigua manera de hablar, y hanla reñido tantas veces los filósofos naturales, que es por demas tratar de quitarla, ni ménos conviene; porque el vulgo, que ignora las causas particulares de cualquier efecto, mejor responde, y con más verdad, por la causa universal, que es Dios, que decir algun disparate.

Pero yo muchas veces me he puesto á considerar la razon y causa de donde pueda nacer que la gente vulgar sea tan amiga de atribuir todas las cosas á Dios, y quitarlas á la naturaleza y aborrecer los medios naturales. Y no sé si he podido afinar, á lo ménos bien se deja entender, que por no saber el vulgo qué efectos se han de atribuir inmediatamente á Dios, y cuáles á naturaleza, los hace hablar de aquella manera, fuera de que los hombres, por la mayor parte, son impacientes y amigos de que se cumpla presto lo que ellos desean; y como los medios naturales son tan espaciosos y obran por discurso del tiempo, no tienen paciencia para aguardarlos. Y como saben que Dios es omnipotente y que en un momento hace todo lo que quiere, y de ello tienen muchos ejemplos, querrian que él les diese salud como al paralítico, y sabiduría como á Salomon, y riquezas como á Job, y que los librase de sus enemigos como á David.

La segunda causa es que los hombres somos arrogantes y de vana estimacion; muchos de los cuales desean allá adentro de su pecho que Dios los haga á ellos alguna merced particular y que no sea por la via comun, como es hacer salir el sol sobre los justos y malos, y llover para todos en general; porque las mercedes, en tanto son más estimadas, en cuanto se hacen con ménos, y por esta razon hemos visto muchos hombres fingir milagros en las casas y lugares de devocion, porque luego acuden las gentes á ellos y los tienen en gran veneracion, como personas con quien Dios ha tenido cuenta particular, y si son pobres, los favorecen con muchas limosnas, y así algunos pican en el interes.

La tercera razon es ser los hombres amigos de holgar y estar dispuestas las causas naturales, por tal orden y concierto, que para alcanzar sus efectos es menester trabajar; y por tanto, querrian que Dios usase con ellos de su omnipotencia, y que sin andar se cumpliesen sus deseos; deo aparte la malicia de aquellos que pedian á Dios milagros para tentar su omnipotencia, y probar si los podia hacer, y otros que por vengar su corazon piden fuego del cielo y otros castigos de gran crueldad. La última causa es ser mucha la gente vulgar religiosa y amiga de que Dios sea honrado y engrandecido, lo cual se consigue mucho más con los milagros que con los efectos naturales (5); pero el vulgo de los hombres no sabe que obras sobrenaturales y prodigiosas las hace Dios para mostrar á los

(5) *Domino cooperante et sermonem. Confirmante sequentibus signis.* (Marc., cap. últ.)

que no lo saben que es omnipotente, y que usa de ellas por argumento para comprobar su doctrina, y que faltando esta necesidad nunca jamas las hace.

Esto bien se deja entender, considerando cómo ya no obra Dios aquellos hechos extraños del Testamento nuevo y viejo, y es la razon haber hecho ya de su parte todas las diligencias que convenia para que los hombres no pretendiesen ignorancia; y pensar que ha de volver otra vez á hacer los mismos argumentos y tornar con nuevos milagros á comprobar de nuevo su doctrina, resucitando muertos, dando vista á los ciegos, sanando los cojos y paralíticos, es un error muy grande, porque de una vez enseña Dios lo que conviene á los hombres, y lo prueba con milagros, y no lo torna á repetir: *Semel loquitur Deus, et fecundo idipsum non repetit.* (Job, cap. xxxiii.) El indicio de que yo más me aprovecho para descubrir si un hombre no tiene el ingenio que es apropiado para la filosofía natural, es verle amigo de echar todas las cosas á milagro, sin ninguna distincion; y por lo contrario, los que no se contentan hasta saber la causa particular del efecto, no hay que dudar de su buen ingenio. Estos bien saben que hay efectos que inmediatamente se han de reducir á Dios, como son los milagros, y otros á la naturaleza, que son aquellos que tienen causas ordenadas de donde pueden nacer; pero hablando de la una manera y de la otra, siempre ponemos á Dios por autor, porque cuando dijo Aristóteles (1): *Deus et natura nihil faciunt frustra*, no entendió que naturaleza fuere alguna causa y universal conjurisdiccion apartada de Dios, sino que es nombre del orden y concierto que Dios tiene puesto en la compostura del mundo para que sucedan los efectos que son necesarios para su conservacion, porque de la misma manera se suele decir que el rey y el derecho civil no hace daño á nadie, en la cual manera de hablar ninguno entiende que este nombre *derecho* significa algun príncipe que tenga jurisdiccion de la del rey, sino que es un término que abraza con su significacion todas las leyes y ordenamiento real que el rey tiene hecho para conservar en paz su república.

Y así como el rey tiene casos reservados para sí, los cuales no pueden ser determinados por el derecho, por ser extraños y graves, de la misma manera dejó Dios reservados para sí los efectos milagrosos; para la produccion de los cuales no dió orden ni poder á las causas naturales; pero aquí es de notar que el que los ha de conocer por tales y diferenciarlos de las obras naturales ha de ser gran filósofo natural, y saber de cada efecto qué causas ordenadas puede tener, y con todo no basta, si la Iglesia católica no los declara por tales (2), y de tal manera, que los letrados trabajan y estudian en leer el derecho civil y guardarlo en la memoria para saber y entender cuál sea la voluntad del rey en la determinacion de tal caso.

Así nosotros los filósofos naturales (como letrados de esta facultad) ponemos nuestro estudio en saber el discurso y orden que Dios hizo el día que crió el mundo,

(1) Lib. 1 De celo.

(2) La ignorancia de la filosofia natural hace poner milagros donde no los hay.

para contemplar y saber de qué manera quiso que sucediesen las cosas, y por qué razon. Y así como sería cosa de reir si un letrado alegase en sus escritos de bien probado que el rey manda determinar tal caso, sin mostrar la ley y razon por donde lo decide, así los filósofos naturales se rien de los que dicen: esta obra es de Dios, sin señalar el orden y discurso de causas particulares de donde pudo nacer.

Y de la manera que el rey no quiere escuchar cuando le piden que quebrante alguna ley justa, ó que haga determinar el caso fuera del orden judicial que él tiene mandado guardar, así Dios no quiere escuchar cuando alguno le pide milagros y hechos fuera del orden natural sin necesidad, porque áun el rey cada día quita y pone leyes, y muda el orden judicial (así por la variedad de los tiempos, como por ser el consejo del hombre caduco y no poder atinar de una vez la rectitud y justicia); pero el orden natural de todo el universo, que llamamos naturaleza, desde que Dios crió el mundo no ha habido que añadir ni quitar una jota; porque lo hizo con tanta providencia y saber, que pedir que no se guarde aquel orden es poner falta en sus obras. Volviendo, pues, á aquella sentencia tan usada de los filósofos antiguos: *Natura facit habilem.*

Es de entender que hay ingenios y habilidades que Dios reparte entre los hombres fuera del orden natural, como fué la sabiduría de los apóstoles; los cuales, siendo rudos y torpes, fueron alumbrados milagrosamente y llenos de ciencia y saber.

De este género de habilidad y sabiduría no se puede verificar *Natura facit habilem*; porque ésta es obra que inmediatamente se ha de reducir á Dios, y no á naturaleza. Lo mismo se entiende de la sabiduría de los profetas y de todos aquellos á quien Dios infundia alguna gracia. Otro género de habilidad hay en los hombres, que les nace de haberse engendrado con aquel orden y concierto de causas que Dios ordenó para este fin, y de esta suerte con verdad se dice: *Natura facit habilem.* Porque, como probarémos en el capítulo postrero de esta obra, hay orden y concierto en las causas naturales, que si los padres al tiempo de engendrar tienen cuidado de guardarle, saldrán todos sus hijos sabios, sin que falte ninguno. Pero en el entretanto esta significacion de naturaleza es muy universal y confusa, y el entendimiento no huelga ni descansa hasta saber el discurso particular y la última causa, y así es menester buscar otra significacion de este nombre *naturaleza*, que tenga á nuestro propósito más conveniencia. Aristóteles (3) y los demas filósofos naturales descenden más en particular, y llaman naturaleza á cualquiera forma sustancial que da sér á la cosa, y es principio de todas sus obras; en la cual significacion nuestra ánima racional con razon se llamará naturaleza, porque de ella recibimos el ser formal que tenemos de hombres, y ella misma es principio de cuanto hacemos y obramos; pero como todas las ánimas racionales sean de igual perfeccion, así la del sabio como la del necio, no se puede afirmar qué naturaleza, en esta significacion, es la que hace al hombre hábil; porque si esto

(3) Lib. 11 De phisica auscultatione.

fuese verdad, todos los hombres tendrían igual ingenio y saber; y así el mismo Aristóteles (1) buscó otra significación de naturaleza, la cual es razón y causa de ser el hombre hábil ó inhábil, diciendo que el temperamento de las cuatro calidades primeras (calor, frialdad, humedad y sequedad) se ha de llamar naturaleza, porque de ésta nacen todas las habilidades del hombre, todas las virtudes y vicios, y esta gran variedad que vemos de ingenio. Y pruébase claramente, considerando las edades de un hombre sapientísimo, el cual en la puericia no es más que un bruto animal, ni usa de otras potencias más que de la irascible y concupiscible; pero venida la adolescencia comienza á descubrir un ingenio admirable, y vemos que le dura hasta cierto tiempo y no más, porque viniendo la vejez, cada día va perdiendo el ingenio, hasta que viene á caducar. Esta variedad de ingenios, cierto es que nace del ánimo racional (2), porque en todas las edades es la misma sin haber recibido en sus fuerzas y sustancia ninguna alteración, sino que en cada edad tiene el hombre vario temperamento y contraria disposición, por razón de la cual hace el ánimo unas obras en la puericia, y otras en la juventud, y otras en la vejez, de donde tomamos argumento evidente que pues una misma ánima hace contrarias obras en un mismo cuerpo, por tener en cada edad contrario temperamento, que cuando dos muchachos, el uno es hábil y el otro necio, que nace de tener cada uno temperamento diferente del otro, al que (por ser principio de todas las obras del ánimo racional) llamaron los médicos y filósofos naturaleza, de la cual significación se verifica propia aquella sentencia: *Natura facit hábilem*. En confirmación de esta doctrina escribió Galeno un libro, probando que las costumbres del ánimo siguen el temperamento del cuerpo donde está, y que por razón del calor, frialdad, humedad y sequedad de la región que habitan los hombres, y de los manjares que comen, y de las aguas que beben, y del aire que respiran, unos son necios y otros sabios, unos valientes y otros cobardes, unos crueles y otros misericordiosos, unos cerrados de pecho y otros abiertos, unos mentirosos y otros verdaderos, unos traidores y otros leales, unos inquietos y otros sosegados, unos doblados y otros sencillos, unos escasos y otros liberales, unos vergonzosos y otros desvergonzados, unos incrédulos y otros fáciles de persuadir; y para probar esto, trae muchos lugares de Hipócrates, Platon y Aristóteles, los cuales afirmaron que la diferencia de las naciones, así en la compostura del cuerpo como en las condiciones del ánimo, nace de la variedad de este temperamento. Y vese claramente por experiencia cuánto distan los griegos de los escitas, los franceses de los españoles, y los indios de los alemanes, y los de Etiopía de los ingleses.

Y no solamente se echa de ver en regiones tan apartadas, pero si consideramos las provincias que rodean á esta España, podremos repartir las virtudes y vicios

(1) 50 secc., probl. 1.

(2) De malos términos usó Hipócrates cuando dijo: *Homini anima semper producitur usque ad mortem*. (6 Epid., part. v, comment. v, Hip. y Gal., lib. x De natura humana. Et Platon in Phaedro, lib. quod animi mores corporis temperaturam insequantur.

que hemos contado entre los moradores de ellas, dando á cada cual su vicio y virtud. Y si no, consideremos el ingenio y costumbres de los catalanes, valencianos, murcianos, granadinos, andaluces, extremeños, portugueses, gallegos, asturianos, montañeses, vizcaínos, navarros, aragoneses y los del riñon de Castilla. ¿Quién no ve y conoce que éstos difieren entre sí, no sólo en la figura del rostro y compostura del cuerpo, pero también en las virtudes y vicios del ánimo? Y todo nace de tener cada provincia de éstas su particular y diferente temperamento.

Y no solamente se conoce esta variedad de costumbres en regiones tan apartadas, pero aún en lugares que no distan más que una pequeña legua, no se puede crear la diferencia que hay de ingenios entre los moradores. Finalmente, todo lo que escribe Galeno en su libro es el fundamento de esta mi obra, aunque él no atinó en particular á las diferencias de habilidad que tienen los hombres, ni á las ciencias que cada una demanda en particular, aunque bien entendió que era necesario repartir las ciencias á los muchachos, y dar á cada uno lo que pedía su habilidad natural, pues dijo que las repúblicas bien ordenadas habían de tener hombres de gran prudencia y saber que en la tierra edad descubriesen á cada uno su ingenio y solercia natural, para hacerle aprender el arte que le convenia, y no dejarlo á su elección (3).

CAPÍTULO V (4).

Donde se declara lo mucho que puede el temperamento para hacer al hombre prudente y de buenas costumbres.

Considerando Hipócrates la buena naturaleza de nuestra alma racional, y el ser tan alterable y caduco el cuerpo humano donde está, dijo una sentencia digna de tan grave autor: *Anima quidem semper similis est, et in majori, et in minori, non enim alteratur, nec per natura, nec per necessitatem, corpus autem nunquam idem in ullo aliquo est: nec secundum naturam, nec ex necessitate*. Como si dijera: nuestra alma racional siempre es la misma por todo el discurso de su vida, en la vejez y niñez, y siendo grandes y pequeños; el cuerpo, por el contrario, jamás está quedo en ser, ni hay manera para conservarlo; y aunque algunos médicos han trabajado en hacer arte para ello, ninguno ha podido excusar (con sus preceptos y reglas) las alteraciones de las edades. La puericia, caliente y húmeda; la adolescencia, templada; la juventud, caliente y seca; la consistencia, templada en calor y frialdad, y destemplada por sequedad; la vejez, fría y seca.

No se puede impedir que los cielos no muden el aire cada momento, ni que éste haga en nuestros cuerpos tan varias impresiones, por donde tuvo entendido que para hacer un hombre prudentísimo, no siéndolo, que no era menester alterar el alma racional, ni mejorarle su naturaleza, porque fuera de que es imposible, ninguna cosa le faltó en su creación para que por falta

(3) *Solertiam naturalem in pueris expectare prudentissimi in unaquaque civitate seniores ac judicare deberent: atque ita dare operam, ut suae naturae convenientem ariem quisque discat*. (Libro De placitis Hipoc. et Platonis.)

(4) Este capítulo es el v de la edición de 1640.

suya no pudiese hacer el hombre muy bien las obras de su especie. Y así dijo: *Si ignis et aqua in corpore temperamentum acceperint, sit anima sapientissima, et memoria valentissima, praedita: si vero ignis superetur ab aqua, sit tarda et stulta*. Como si dijera: cuando los cuatro elementos, agua y fuego especialmente, entran en la composición del cuerpo humano en igual peso y medida, se hace el alma prudentísima y de muy gran memoria, pero si el agua vence al fuego, queda tarda y estulta, y no por culpa suya, sino porque el instrumento con que ella había de obrar estaba depravado. Lo cual visto por Galeno, sacó por última conclusión que todas las costumbres y habilidades del alma racional sin falta seguían al temperamento del cuerpo donde está, y de camino reprende á los filósofos morales, porque no se dan á la medicina; siendo verdad que no solamente la prudencia, que es el fundamento de todas las virtudes, pero la justicia, fortaleza y templanza y sus vicios contrarios dependen del temperamento del cuerpo; por tanto, dijo que al médico pertenecía corromper los vicios del hombre, é introducir las virtudes contrarias, y así hizo arte para corromper el vicio de la lujuria, é introducir la virtud de castidad, y cómo el soberbio se hará manso y tractable, y el avariento liberal, y el cobarde valiente, y el necio sabio y prudente. Y todo el estudio que pone es en alterar el cuerpo con medicinas y manjares acomodados á cada vicio y virtud, y no cura del alma, fundada en la opinión de Hipócrates, el cual confiesa llanamente que el alma no es alterable, ni tiene necesidad de virtud adquirida para hacer lo que ella está obligada si le dan buen instrumento para ello, y así tiene por error poner las virtudes en el alma, y no en los instrumentos del cuerpo con que ha de obrar, y con esto le parece que es imposible adquirirse alguna virtud que no nazca nuevo temperamento en el cuerpo. Pero esta opinión es falsa y contraria al comun consentimiento de los filósofos morales, los cuales afirman que las virtudes son hábitos espirituales, sujetos en el alma racional; porque, cual es el accidente, tal ha de ser el sujeto donde cae; mayormente que como el alma sea el agente y movedor, y el cuerpo el que ha de ser movido, más á propósito caen las virtudes en el que hace que en el que padece, y si las virtudes y vicios fuesen hábitos que dependieran del temperamento, seguirse había que el hombre obraría como agente natural, y no libre necesitado, con el apetito bueno ó malo que le señalase el temperamento, y de esta manera las buenas obras no merecerían ser premiadas ni las malas castigadas, conforme aquello: *In naturalibus, nec demeremur*. Mayormente que vemos muchos hombres virtuosos con temperamento malo y vicioso, que los inclina ántes á pecar que á obrar conforme á virtud, de quien se dijo: *Vir sapiens dominabitur astris*. Y en lo que toca á los hechos de la prudencia y habilidad, vemos muchas obras imprudentes de hombres sapientísimos y muy templados, y otras muy acertadas de quien no sabe tanto ni tiene tan buena temperatura. Por donde se entiende que la prudencia y sabiduría y las demás virtudes humanas están en el alma, y que no dependen de la compostura y temperamento del

cuerpo, como pensaron Hipócrates y Galeno. Pero con todo eso, hace mucha fuerza que estos dos graves médicos, y con ellos Aristóteles y Platon, hayan dicho esta sentencia, y que no digan la verdad.

Por donde es de saber que las virtudes perfectas, como las figen los filósofos morales, son hábitos espirituales, sujetos en el alma racional, cuyo ser no depende del temperamento del cuerpo, pero con esto es cierto que no hay virtud ni vicio en el hombre (no se entiende de las virtudes sobrenaturales, porque éstas no entran en esta cuenta y razón) que no tenga su temperatura en los miembros del cuerpo, que le ayude ó desayude en sus obras, á la cual impropriamente llaman los filósofos naturales vicio ó virtud, viendo que ordinariamente los hombres no tienen otras costumbres, sino aquellas que apunta su temperamento; dije ordinariamente, porque muchos hombres tienen el alma llena de virtudes perfectas, y en los miembros del cuerpo no tienen temperamento que los ayude á hacer lo que el alma quiere, y con todo eso, por tener libre albedrío, obran muy bien, aunque con gran lucha y contienda. Como es aquello de san Pablo: *Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem, video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati quae est in membris meis: infelix ego homo quis me liberabit de corpore mortis? gratia Dei hujus per Jesum Christum Dominum nostrum, igitur ego ipse mente servio legi Dei, carne autem legi peccati*. Por las cuales palabras da á entender san Pablo que sentía dentro de sí dos leyes contrarias, una en el alma, con la cual amaba la ley de Dios y se holgaba con ella, y otra en los miembros de su cuerpo, que le convidaba á pecar; conforme á esto, bien parece que á las virtudes que san Pablo tenía en el alma, no le correspondían las temperaturas en los miembros del cuerpo, que eran necesarias para obrar con suavidad y sin contradicción de la carne; su alma quería rezar y contemplar, y cuando iba al cerebro con que lo había de ejecutar, lo hallaba destemplado por frialdad y humedad, que son dos calidades ordenadas para dormir, y con mucha pesadumbre. Tales estaban aquellos tres discípulos que acompañaron á Jesucristo en el huerto cuando oraba, pues les dijo: *Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma*. El alma quería ayunar, y cuando iba al estómago con que lo había de hacer, lo hallaba con mil desmayos, y con un apetito insaciable de comer, y el alma quería que fuese casto y continente, y cuando iba á los instrumentos de la generación, los hallaba con un fuego ardiente, inclinándole á lo contrario; en tales disposiciones como éstas, obran los virtuosos con gran dificultad, y por esto se dijo: *Virtus versatur circa difficile*. Pero si el alma, cuando quiere meditar, hallase el cerebro caliente y seco, que es disposición natural para velar, y cuando quiere ayunar, hallase el estómago caliente y seco (con la cual temperatura, dice Galeno, aborrece el hombre el comer), y si cuando quiere y ama la castidad, estuviesen los testículos frios y húmedos, todo se lo hallaba hecho sin ninguna contradicción; porque la ley del alma y la ley de los miembros del cuerpo, ambas pedían una

misma cosa, y así obraría el hombre con mucha suavidad. Por donde dijo bien Galeno que al médico pertenecía hacer un hombre de vicio, virtuoso, y que los filósofos morales hacían mal en no aprovecharse de la medicina para conseguir el fin de su arte, pues en alterar los miembros del cuerpo harían obrar á los virtuosos con suavidad. Lo que yo quisiera de Galeno y de todos los filósofos morales es que si es verdad que á cada vicio y virtud de las que están en el alma corresponde en los miembros del cuerpo su particular temperatura que le ayude ó desayude para obrar, que nos contáran todos los vicios del hombre y sus virtudes, y nos dijeran en qué cavidades corporales estribaba cada una de ellas, para aplicarles la cura que cada una había menester.

Aristóteles bien entendió que la buena temperatura hacia al hombre prudentísimo y de buenas costumbres, y así dijo: *Optima enim temperies, non solum corpori, verum intelligenti homini prodest.* Pero no declaró cuál era la mejor temperatura, ántes dijo que las costumbres de los hombres se fundaban en solo calor y frialdad, y los médicos, especialmente Hipócrates y Galeno, tienen por viciosas estas dos calidades, y aprueban la contemplada, donde el calor no excede á la frialdad, ni la humedad á la sequedad; y así dijo Hipócrates: *Quod humidissimum est in aqua et sicissimum in igne, si in corpore temperamentum acceperint sit homo prudentissimus.* Pero muchos médicos han examinado esta temperatura por la gran fama que tiene, y no corresponde tanto en la obra como Hipócrates dice, ántes les parece que son unos hombres flojos y de poco brío, y en sus hechos no muestran tanta prudencia y discrecion como los destemplados, tienen la condicion muy blanda y suave, y no saben hacer mal á nadie ni en dicho ni en hecho, que es por donde parecen muy virtuosos y sin pasiones de las que alteran el ánimo. Estos médicos tienen por mala temperatura la templada, porque alfoja y desbarata la fortaleza de las potencias, y es causa que no obren como conviene. Lo cual se ve claramente en dos tiempos del año, verano y otoño, donde el aire se viene á templar, y entónces acontecen las enfermedades. Y así se halla el cuerpo más sano, ó con mucho frio ó con mucho calor, que con lo templado del verano.

Á estos médicos parece favorecer algo la divina Escritura, tratando las costumbres del hombre: *Utinam esses calidus aut frigidus, sed quia tepidus est incipiente vomere ex ore meo.* Parece que se fundó en la doctrina de Aristóteles, el cual tiene por opinion muy verdadera que todas las costumbres activas del hombre estriban en calor ó frialdad, y no en lo tibio y templado; pero holgára yo que Aristóteles nos dijera qué virtud, qué calidad de éstas pide, y en qué estriba un vicio contrario para hacer las curas que dice Galeno.

Yo para mí tengo entendido que la frialdad es la más importante para que el alma racional conserve sus virtudes en paz, y que no haya en los miembros del cuerpo quien le contradiga; porque ninguna calidad, dice Galeno, debilita tanto la concupiscible é irascible como la frialdad, ni quien tanto avive la racional, dice Aristóteles, como la frialdad, especialmente si

está conjunta con la sequedad; y estando debilitada y enferma la porcion inferior, las virtudes del alma racional crecen á palmos. Y si no, quiero ponerle delante al filósofo moral un hombre lujurioso, gran comedor y bebedor, para que me le cure segun las reglas de su arte, y que le engendre en su alma hábito de castidad y temperancia, y que obre con ellas con suavidad, sin que le introduzca en los miembros de su cuerpo frialdad y sequedad y le corrompa el calor y humedad demasiada que ántes tenía, y veamos cómo lo hará. Cierta es que lo primero que ha de hacer es afearle el vicio de la lujuria, y le contará los males y daños que suele traer consigo, y el peligro en que está su alma si la muerte le arrebatase sin haber hecho penitencia de sus pecados; tras esto le aconsejaría el ayuno, el rezar y meditar, el poco dormir, el acostarse en el suelo y vestido, la disciplina, el apartarse de mujeres y ocuparse de obras pías; todo lo cual se contiene en aquel aforismo de san Pablo: *Castigo corpus meum et redigo in servitatem.* Con estos remedios, perseverando muchos dias en ellos, se pondrá el hombre flaco y amarillo, y tan diferente del que solia ser, que el que ántes se perdía por mujeres y por comer y beber, ahora le da pena y dolor oírlo mentar.

Viendo el filósofo moral al hombre vicioso con estas señales, dirá, y con razon: éste ya tiene hábito de castidad y temperancia. Pero porque su arte no pasa de aquí, piensa que estas dos virtudes han venido por los aires y asentándose en el alma racional, sin haber pasado por el cuerpo; pero el médico que sabe de dónde nace la flaqueza y color amarillo, y cómo se introducen las virtudes y se corrompen los vicios, dirá que este hombre tiene ya hábito de castidad y temperancia, porque con aquellos remedios se perdió el calor natural, y en su lugar sucedió frialdad. Y que todo aquel orden de vivir sean causas refrigerantes, es cosa fácil de probar discurrendo por cada una de ellas.

El temor en que le puso la reprension y consideracion de las penas infernales, si moria en pecado mortal, es cierto que mortifica el calor natural y pone el cuerpo frio, y así pregunta Aristóteles: *Cur voce, et manibus, et libro inferiori tremunt qui metuntur? an quoniam hic affectus, caloris defectio ex locis superioribus est, quo ut paleant accidit.*

El ayuno tambien es una de las cosas que más mortifica el calor natural y deja al hombre frio, porque nuestra naturaleza, dice Galeno, se conserva con la comida y bebida, como la llama del candil con el aceite. Y tanto calor natural hay en el cuerpo humano, cuanto es el manjar que se ha cocido, y tanto alimento se ha de dar á comer, cuanto fuere el calor, y si damos ménos en cantidad, luégo se disminuye.

Por la cual razon manda Hipócrates que á los niños no les hagamos ayunar, porque se resuelven y consumen por falta de alimento. La disciplina, si es dolorosa y con sangre, ¿quién no sabe que gasta y consume muchos espíritus vitales y animales, y que por la efusion de sangre pierde el hombre el pulso y calor natural?

El sueño, dice Galeno, es una de las cosas que más fortifican el calor natural, porque por él se entra á las cavidades del cuerpo y fortifica las virtudes naturales,

y así cuece el manjar y lo convierte en sustancia; ¿y cómo en la vigilia se corrompe y endurece? Y es la causa que el sueño calienta las partes interiores y enfria las exteriores; y por el contrario, la vigilia enfria el estómago, hígado y corazón, que es con lo que vivimos, y calienta las partes exteriores, que es lo más innoble del cuerpo y de lo que ménos nos aprovechamos. De manera, que si se quita el sueño, forzosamente ha de padecer muchas enfermedades graves.

Del dormir en el suelo y comer no más de una vez y andar mal vestido, dijo Hipócrates que gastaba la carne y la sangre, donde reside el calor natural: *Semel tantum cibum sumere duriter cubare, nudusque ambulare.* Y dando Galeno la razon por que la cama dura enflaquece y consume las carnes, dice que solicitado el cuerpo con el dolor no le deja dormir, y dando muchas vueltas, comprime por todas partes las carnes, y así no las deja crecer, y cuanto calor se pierda gastando las carnes, dícelo el mismo Hipócrates, enseñando cómo se hará el hombre prudente: *Conducit ad sapientiam ut minimæ carnosæ sint nam ad carnis bonam habitudinem ardoris inflammationem feri necesse est.* Como si dijera: conviene para la sabiduría que los hombres no tengan muchas carnes, porque su temperamento es muy caliente, y esta calidad echa á perder la prudencia. El rezar y meditar se hace subiéndolo el calor natural á la cabeza, por cuya ausencia quedan las demas partes del cuerpo frias, y si es con mucha atencion, se viene á perder el sentido del tacto, del cual dijo Aristóteles que era necesario para la vida de los animales, y los demas sentidos servian de ornamento y perfeccion, porque sin gusto, olfato, vista y oído vemos que se puede vivir, mas estando el alma elevada en alguna profunda contemplacion no envia la facultad animal á las partes del cuerpo, sin la cual, ni los oídos pueden oír, ni los ojos ver, ni las narices oler, ni el gusto gustar, ni el tacto tocar; por donde ni sienten frio los que están meditando, ni calor, ni hambre, sed, ni cansancio; y siendo el tacto la centinela que descubre al hombre quién es el que hace bien ó mal, no se puede aprovechar de él. Y así, estando helado de frio ó abrasándose de calor, ó muerto de hambre, pasa por ello sin sentirlo, porque no hay quien le avise. En esta disposicion, dice Hipócrates que el alma no hace lo que está obligada, pues siendo su oficio animar el cuerpo y darle sentido y movimiento, le deja desamparado: *Quicumque dolentes parte aliqua corporis omnino dolorem non sentiunt iis meuse agrotat.* Pero la peor disposicion que se halla en los hombres de letras, y en los demas que se dan á meditacion, es la flaqueza del estómago; porque siempre cuece el manjar sin calor natural, por estar ordinariamente en la cabeza, y así está lleno de crudas flemas, por donde Cornelio Celso encomienda que á los hombres que se dan á letras les confortemos el estómago más que otra parte alguna. De manera que el rezar, contemplar y meditar, enfria y deseca el cuerpo, y lo hace melancólico. Y así dijo Aristóteles: *Cur homines, qui ingenio claruerunt vel studiis philosophia, vel in republica administranda, vel in carmine pangendo, vel in artibus exercendis melancholicos omnes fuisse videantur.*

El apartarse de mujeres, teniendo ántes su conversacion, cuanto enfria el cuerpo y cuantas alteraciones nuevas nazcan en el continente, pruébalo Galeno por muchas experiencias que vió y notó; especialmente cuenta lo que le aconteció á un amigo suyo despues de viudo, que se le quitó luégo la gana de comer, y no podía digerir una yema de huevo, y si porfiaba á comer como solia, lo vomitaba luégo, y con esto andaba triste y melancólico, al cual le aconsejó que se casase si quería tener salud, y así dice: *Hic quam celerrimes liberatu est ad pristinam consuetudinem reversus.* De los cantores cuenta el mismo Galeno que sabiendo por experiencia la gran correspondencia que tienen los testículos con la garganta, y que tratar con mujeres les echaba á perder la voz, se hacian continentes por fuerza, por no perder el comer y salario que por su música les daban; y con esto, dice Galeno tenían los instrumentos de la generacion tan pequeños, frios y rugosos como si fueran viejos; al revés de los lujuriosos, cuyas partes, por ser muy ejercitadas y usadas, son muy crecidas, los vasos seminales muy anchos y patentes, á los cuales acude gran copia de sangre y calor natural; porque como dijo Platon: *Ignavia quidem evoluit proprii autem officii exercitatio robur augere solet;* como si dijera: ejercitar las partes del cuerpo les hace cobrar más fuerzas, y el no usar de ellas las debilita, y así es cierto que en cada acto lujurioso se fortifican más y más los miembros genitales, y quedan más poderosos y codiciosos para volver otra vez á la obra, y cada vez que el hombre resiste á la carne queda más frio y con ménos fuerza para aquel acto. De donde concluyo que el casto y continente, hecho por este camino, viene á parar á frialdad habitual con la mala obra, tan sin pena ni contradiccion como el viejo y como el que nació frio de su propia naturaleza y como el capado. Y así los que desean ser continentes y que no les irrite la carne, temiendo su mucha flaqueza, usen de medicinas frias y de cosas que gasten y consuman la simiente y la pongan fria, por quien se puede entender: *Beati qui se castraverunt propter regnum Dei.*

Todo esto que hemos dicho y probado de la lujuria y castidad, se ha de entender de las demas virtudes y vicios; porque cada uno tiene su particular temperamento de calor y frialdad, y en el modo de sustanciar que cada miembro adquiere, y por la intencion ó remision de estas dos calidades. Dije de calor y frialdad, porque ninguna virtud ni vicio se funda en humedad ni sequedad, porque segun la opinion de Aristóteles, estas dos calidades son pasivas, y el calor y frialdad activas, y así dijo: *Mores enim condit, calidum, aut frigidum, omnium maxime que in nostro corpore habentur.* Y con su sentencia responde á la Escritura cuando dijo: *Utinam frigidus esses, aut calidus, sed que tepidus est, et nec frigidus, nec calidus incipiente vomere ex ore meo.*

La razon de esto estriba en que no se hallan hombres templados en el punto de perfeccion que se requiere para fundar las virtudes: así escogió la Escritura y el filósofo al calor y frialdad por no haber otras calidades para asentar las virtudes, aunque con un contrapeso; porque, puesto caso que á la frialdad y calor correspon-

den muchas virtudes, tambien son fuentes de muchos vicios. Y así por maravilla hay hombre malo en quien no se hallen algunas virtudes naturales, ni virtuoso que no tenga algun vicio. Pero la calidad con que se halla mejor el alma racional es la frialdad del cuerpo.

Esto se probará claramente discurrendo por todas las edades del hombre, puericia, adolescencia, juventud, edad perfecta y vejez; donde hallaremos que por tener cada edad un particular temperamento, en unas es vicioso y en otras virtuoso, en unas es imprudente y en otras sabio. La puericia no es más que un temperamento caliente y húmedo, en el cual, dice Platon, está el alma racional ahogada sin poder usar de un entendimiento y voluntad y libre albedrío, hasta que con el discurso del tiempo pasa á otra edad y adquiere nuevo temperamento. Las virtudes de la niñez son muchas, y pocos los vicios. Los niños, dice Platon, son admirativos, del cual principio nacen todas las ciencias. Lo segundo, son disciplinables, blandos y tiernos para introducirles cualquiera virtud. Lo tercero, son temerosos y vergonzosos, que es el fundamento, dice Platon, de la temperancia. Lo cuarto, tienen credulidad y son fáciles de persuadir, son caritativos, liberales, castos y humildes, simples y no maliciosos; atento á las cuales virtudes, dijo Jesucristo á sus discípulos: *Nisi efficiamini sicut parvulus iste, non intrabit in regnum caelorum*. De qué edad fuese este niño que Dios les mostró no se puede saber; pero Hipócrates divide la puericia en tres ó cuatro partes; y porque desde un año hasta catorce van tomando siempre muchos humores y diversos temperamentos, así padecen diferentes enfermedades, y por la misma razon corresponden al alma diferentes virtudes y vicios. En lo cual estribando Platon, comienza á instruir un niño desde el primer año, aunque no sepa hablar, enseñando al ama que le cria cómo le entenderá por el llorar, reír y callar, sus virtudes y vicios, y cómo se corregirá. Las virtudes de esta edad, dice la Escritura que tenía Saul cuando fué elegido por rey: *Puer erat unius anni Saul quando cepit regnare*. Por donde parece que Dios hace la misma particion que Hipócrates, señalando por años las virtudes de la puericia. El adolescencia es la segunda edad del hombre, y cuéntase desde catorce años hasta veinte y cinco; la cual, segun la opinion de los médicos, no es caliente, fria, húmeda ni seca, sino, en medio de estas calidades, templada. Con esta temperatura están los instrumentos del cuerpo como el alma los ha menester para todo género de virtud, especialmente para la prudencia, y así dijo Hipócrates: *Quod humidissimum est in igne, et sicissimum in aqua si in corpore temperamentum acceperint anima sapientissima, et memoria vellentissima prædita*. Las virtudes que dijimos de la puericia, parecen obras hechas con solo instinto natural, como lo hacen las hormigas, serpientes y abejas, sin discurso racional; pero las de la adolescencia van hechas ya con discrecion y prudencia, y así entiende el adolescente lo que hace y á qué propósito, y conociendo el fin, dispone los medios para conseguirlo. Cuando la Escritura dijo: *Sensus, et cogitatio hominis pæna est adolescentia sua ad malum*, se puede entender exclusive sacando la pue-

ricia y el adolescencia, que son las edades donde el hombre es más virtuoso.

La tercera edad es la juventud, que se cuenta desde veinte y cinco años á treinta y cinco; su temperamento es caliente y seco, del cual dijo Hipócrates: *Cum aqua superatur ab igne sit anima insana, et furiosa*. Y así lo muestra la experiencia, porque no hay maldad de que no esté tentado el hombre en esta edad: ira, gula, lujuria, soberbia, homicidios, adulterios, robos, temeridades, rapiña, audacia, enemistad, engaños, mentiras, bandos, disensiones, venganza, ódios, injuria y protervia; en la cual edad viéndose David, dijo: *Domine, ne revoces me in dimidio dierum meorum*. Porque la juventud está en medio de las cinco edades del hombre: puericia, adolescencia, juventud, edad perfecta y vejez. Y es tan malo el hombre en ésta, que dijo Salomon: *Tria sunt difficilia mihi et quartum penitus ignoro; viam aquilæ in celo, viam colubri super petram, viam navis in medio mari, et viam viri in adolescentia*. Toma en este lugar adolescencia por juventud. De todo esto, cierto es que tiene alguna excusa de la culpa el ánimo; pues es la misma por todo el discurso de las edades, y tan perfecta como Dios la crió al principio, si no por los varios temperamentos que el cuerpo adquiere en cada edad, porque en la juventud está el cuerpo mas destemplado, por esto obra el alma con más dificultad las obras virtuosas, y con más facilidad las viciosas. Esto es á la letra lo que dijo la Sabiduría: *Puer eram ingeniosus, et fortitissimum animam bonam, et cum essem magis bonus veni ad corpus coinquatum, et inveni quod aliter homo continens esse non potest nisi Deus det*. Como si dijera: á mí me dieron buena ánima, y de niño era muy ingenioso, y siendo más bueno, entiendo en la adolescencia, vine despues á un cuerpo tan sucio y destemplado, cual está la juventud, y hallé por mi cuenta que el hombre no podia tener castidad y continencia si Dios no se la daba; por tanto, viéndose David fuera de tan mala edad, y acordándose de lo que en ella habia pasado, dijo: *Delicta juventutis meæ, et ignorantias meas ne memineris*. En la cuarta edad, que es de consistencia, torna el hombre á templarse en la oposicion de calor y frialdad, porque quien de mucho calor baja á frialdad, forzosamente ha de pasar por el medio, y con la sequedad que le quedó al cuerpo de la juventud, se hace el alma prudentísima; por donde los hombres que han vivido mal en la juventud dan las vueltas más notables que vemos, reconociendo la mala vida pasada, y viviendo de otra manera. Comienza esta edad desde treinta y cinco años hasta cuarenta y cinco, en unos más y en otros menos, conforme á la compostura y temperamento de cada uno. La última edad del hombre es la vejez, en la cual está el cuerpo frio y seco, y con mil enfermedades y flaco, todas las potencias perdidas, sin poder hacer lo que ántes solian. Pero con ser el alma racional la misma que fué en la puericia, adolescencia y juventud, consistencia y vejez, sin haber recibido ninguna alteracion que le debilitase sus potencias, venida á esta última edad, y con este temperamento frio y seco, es prudentísima, justa, fuerte y con temperancia, y aunque al hombre

se han de atribuir estas obras, pero el ánimo es el primer movedor, conforme á aquello: *Anima est principium intelligendi*. Todo el tiempo que el cuerpo está poderoso, con fuertes facultades vitales, naturales y animales, acuden muy pocas virtudes morales al hombre, pero en perdiendo las fuerzas, luego el alma crece en virtudes. Parece que quiso sentir esto san Pablo cuando dijo: *Virtus infirmitate perficitur*. Como si dijera: la virtud y fuerzas del alma racional se perfeccionan cuando el cuerpo está enfermo. Y así parece, porque en ninguna edad está el cuerpo más flaco que en la vejez, ni el alma más libre y suelta para obrar conforme á razon; pero con todo eso, cuenta Aristóteles seis vicios que tienen los viejos por razon de la frialdad que el hombre tiene en esta edad. Lo primero, son cobardes, porque el ánimo y valentia consiste en el mucho calor y sangre del corazon, y los viejos tienen poca y muy fria. Lo segundo, son avarientos y guardan el dinero más de lo que es menester, porque estando ya en los postreros tercios de la vida y que la razon los habia de dictar que con poca hacienda podrían pasar, entónces les crece más la codicia, y como si estuviesen en la niñez, y considerando que les restaban cinco edades por pasar, y que era bien guardar con qué comprar de comer. Lo tercero, son sospechosos, y no sé la razon por que Aristóteles lo llama vicio, siendo verdad que esto le nace de haber visto por experiencia tantas maldades de los hombres, y acordándose de los vicios y pecados que ellos propios cometieron en su mocedad, y así viven siempre con recato, sabiendo que hay poco que fiar de los hombres. Lo cuarto, son de mala esperanza y jamas piensan que los negocios han de suceder bien, y de dos ó tres fines que pueden tener, siempre eligen el peor y aquel están esperando. Lo quinto, son desvergonzados, porque la vergüenza, dice Aristóteles, pertenece á la sangre, y como los viejos carecen de este humor, no pueden ser vergonzosos. Lo sexto, son incrédulos; jamas piensan que les dicen la verdad, trayendo á la memoria los embustes y engaños de los hombres, y lo que han visto en el mundo en el largo discurso de su vida. Las virtudes contrarias, dice Aristóteles, tienen los mozos: son animosos, liberales, jamas sospechan mal, son de buena esperanza, vergonzosos y fáciles de persuadir y creer. Lo mismo que hemos probado en las edades del hombre, pudiéramos demostrar en el sexo, qué virtudes y vicios tiene el hombre, y cuáles la mujer, y por razon de los humores, sangre, cólera, flema y melancolía, y por razon de las regiones y lugares particulares, en una provincia son los hombres magnánimos, y en otras pusilánimes; en una prudentes, y en otra imprudentes; en una verdaderos, y en otra mentirosos, como es aquello del apóstol: *Cretenses semper mendaces malæ bestia ventris pigri*.

Y si discurremos por las comidas ó bebidas, hallaremos que unas ayudan á una virtud y contradicen al vicio, y otras favorecen al vicio y contradicen á la virtud. Pero de tal manera que el hombre quede libre para hacer lo que quisiere, conforme á aquello: *Apposui tibi aquam, et ignem ad quod volueris porriges manum tuam*. Porque ningun temperamento de éstos

hay que, no quitando al hombre su juicio, lo fuerce á nada, salvo á la irritacion. Y es de notar que en la meditacion y contemplacion de las cosas adquiere el hombre nuevo temperamento sobre el que tienen los miembros de su cuerpo; porque, como adelante probaremos, de tres potencias que tiene el hombre, memoria, entendimiento é imaginativa, sola la imaginativa, dice Aristóteles, es libre para imaginar lo que quisiere. Y de las obras de esta potencia, dice Hipócrates y Galeno, andan siempre asidos los espíritus vitales y sangre arterial, y los echa á la parte que quiere, y donde acude este calor natural queda la parte más poderosa para hacer su obra, y las demas con menos fuerza. Y así aconseja Galeno á los cantores de la diosa Diana que no se pongan á contemplar en mujeres, porque de sólo esto, sin acto carnal, se les calientan los instrumentos de la generacion, y éstos calientes, luego la voz se pone áspera y ronca, porque, como dijo Hipócrates: *Tusis sedatio, tumor testium et è contra*. Y si alguno se pone á considerar y meditar en la injuria que otro le ha hecho, luego se sube el calor natural y toda la sangre al corazon, y fortifica la facultad irascible y debilita la racional, y así pasa la consideracion á que Dios manda perdonar las injurias y hacer bien á nuestros enemigos, y el premio que da por ello; vase todo el calor natural y sangre á la cabeza y fortifica la facultad racional, y debilita la irascible; y así estando en nuestra eleccion fortificar (con la imaginativa) la potencia que quisiéremos, con razon somos premiados cuando fortificamos la racional y debilitamos la irascible, y con justa causa somos culpados cuando fortificamos la irascible y debilitamos la racional. De aquí se entiende claramente con cuánta razon encomiendan los filósofos morales la meditacion y consideracion de las cosas divinas; pues con sola ella adquirimos el temperamento que el alma racional ha menester, y debilitamos la porcion inferior. Pero una cosa no puedo callar ántes que concluya con este capítulo, y es que todos los actos de virtud puede el hombre ejercitar sin haber en el cuerpo cómodo temperamento, aunque con mucha dificultad y trabajo, si no son los actos de prudencia; porque si un hombre salió imprudente de las manos de naturaleza, solo Dios puédelo remediar. Y lo mismo se entiende de la justicia distributiva, y de todas las artes y ciencias que aprenden los hombres.

CAPÍTULO VI (1).

Donde se declara qué parte del cuerpo ha de estar bien templada para que el muchacho tenga habilidad.

Tiene el cuerpo humano tanta variedad de partes y potencias, aplicadas cada una para su fin, que no será fuera de propósito, ántes cosa necesaria, saber, primero, qué miembro ordenó naturaleza por instrumento principal para que el hombre fuese sabio y prudente; porque cierto es que no raciocinamos con el pié, ni andamos con la cabeza, ni vemos con las narices, ni oímos con los ojos, sino que cada una de estas partes tiene su uso y particular compostura para la obra que ha de hacer.

(1) Tercero de la primera edicion.

Antes que naciese Hipócrates y Platon, estaba muy recibido entre los filósofos naturales que el corazon era la parte principal donde residia la facultad racional y el instrumento con que nuestra alma hacia las obras de prudencia, solercia, memoria y entendimiento. Y así, la divina Escritura, acomodándose á la comun manera de hablar de aquel tiempo, llama en muchas partes corazon á la parte superior del hombre; pero venidos al mundo estos dos grandes filósofos, dieron á entender que era falsa aquella opinion, y probaron con muchas razones y experiencias que el cerebro era el asiento principal del alma racional; y así lo recibieron todos, sino fué Aristóteles, el cual, con ánimo de contradecir en todo á Platon, tornó á refrescar la primera opinion, y con argumentos tópicos hacerla probable (1).

Cuál sea la más verdadera sentencia ya no es tiempo de ponerlo en cuestion; porque ningun filósofo duda en esta era que el cerebro es el instrumento que naturaleza ordenó para que el hombre fuese sabio y prudente. Sólo conviene explicar qué condiciones ha de tener esta parte para que se pueda decir estar bien organizada, y que el muchacho, por esta razon, tenga buen ingenio y habilidad. Cuatro condiciones ha de tener el cerebro para que el ánima racional pueda con él hacer cómodamente las obras que son de entendimiento y prudencia. La primera es buena compostura; la segunda, que sus partes estén bien unidas; la tercera, que el calor no exceda á la frialdad, ni la humedad á la sequedad; la cuarta, que la sustancia esté compuesta de partes sutiles y muy delicadas.

En la buena composicion se encierran otras cuatro cosas. La primera es buena figura; la segunda, cantidad suficiente; la tercera, que en el cerebro haya cuatro ventriculos distintos y apartados, cada uno puesto en su asiento y lugar; la cuarta, que la capacidad de éstos no sea mayor ni menor de lo que conviene á sus obras. La buena figura del cerebro, arguye Galeno (2), considerando por defuera la forma y compostura de la cabeza, la cual dice que sería tal cual conviene, tomando una bola de cera perfectamente redonda, y apretándola livianamente por los lados, que daría de esta manera la frente y el colodrillo con un poco de jiba, de donde se sigue que tener el hombre la frente muy llana y el colodrillo remachado, que no tiene su cerebro la figura que pide el ingenio y habilidad.

La cantidad del cerebro que ha menester el ánima para discurrir y raciocinar es cosa que espanta, porque entre los brutos animales ninguno hay que tenga tantos sesos como el hombre. De tal manera, que si juntásemos los que se hallan en dos bueyes muy grandes, no igualarian con los de solo un hombre por pequeño que fuese, y lo que es más de notar, que entre los brutos animales, aquellos que se van llegando más á la prudencia y discrecion humana, como es la mona, la zorra y el perro, éstos tienen mayor cantidad de cerebro que los otros, aunque en corpulencia sean mayores.

(1) Quapropter cor quidem et præcordia maxime sentiunt sapientia tamen minime participant, sed omnium horum cerebrum causa est. (Hipóc., lib. De sacro morbo.)

(2) Lib. artis medic., cap. 11.

Por donde dijo Galeno que la cabeza pequeña era siempre viciosa en el hombre, por tener falta de seso; aunque tambien afirmó que si la grande nacia de haber mucha materia y mal sazónada al tiempo que naturaleza la formó, que es mal indicio; porque toda es huesos y carne y muy pocos sesos, como acontece en las naranjas muy grandes, que abiertas tienen poca médula y la cáscara muy canteruda. Ninguna cosa ofende tanto al alma racional como estar en un cuerpo cargado de huesos, pringue y de carne. Curando Hipócrates cierto género de locura por exceso de calor, encomienda grandemente que el paciente no coma carne, sino yerbas y pescado, y que no beba vino, sino agua, y que si tuviera mucha corpulencia, muchas carnes y pringue, que lo enflaquezcamos, y dando la razon, dice: *Conducit etiam hominibus ad sapientiam ut minime carnosí sint, nam ad carnis bonam habitudinem ardoris inflammationem fieri necesse est cum tamen tale quid hujusmodi anima perpetitur ad insaniam adigitur.* Como si dijera: conviene grandemente á los hombres, si quieren ser muy sabios, que no estén cargados de carnes y pringue, sino flacos y macilentos, porque el temperamento de la carne es caliente y húmedo, con el cual no puede el alma dejar de loquear ó ser muy estulta, en confirmacion de lo cual trae por ejemplo al puerco, diciendo que entre todos los brutos animales es el más estulto, por la mucha carne que tiene, cuya ánima, dijo Crisipo que servia no más que de sal, para que no se le corrompiese el cuerpo, la cual sentencia confirma tambien Aristóteles, diciendo que los hombres que tienen mucha carne en la cabeza son muy estultos, y los compara á los asnos, porque á la cabeza de estos animales acude más carne que á todos los demas. *Cæteris paribus.* Pero en lo que toca á la corpulencia, se ha de notar que hay dos géneros de hombres gordos, unos que tienen muchas carnes y sangre, cuyo temperamento es caliente y húmedo; otros que carecen de carne y sangre, y tienen mucha pringue y mantecas, cuyo temperamento es frio y seco; de los primeros se entiende la sentencia de Hipócrates, porque el mucho calor y humedad, y los muchos huesos y vapores que se levantan en semejantes cuerpos, perturban mucho el raciocinio, lo cual no acontece en los gordos de pringue, que por ser todos faltos de sangre no osan los médicos sangrarlos, y donde falta la carne y la sangre, ordinariamente hay mucho ingenio. Queriendo Galeno dar á entender la grande amistad y correspondencia que tiene el estómago con el cerebro, especialmente en lo que toca al ingenio y saber, dijo: *Crasus venter generat crasum intellectum.* Y si entiende de los barrigudos de pringue, no tiene razon; porque éstos son agudísimos de ingenio. En esta misma filosofia se debió fundar Persio cuando llamó al estómago *ingenique largitur venter.* Ninguna cosa, dice Platon, perturba tanto al ánima racional, ni hay quien tanto la eche á perder sus buenos discursos y raciocinios, que los humos y vapores que se levantan del estómago é hígado al tiempo que cuecen los manjares, ni hay quien tanto la levante en subidas contemplaciones como el ayuno, y tener el cuerpo con falta de carne y de

sangre, que es lo que la Iglesia católica canta. *Qui corporali jejunió mentem elevas vitia comprimis virtutem largiris, et premia.* En aquella merced tan grande que Dios hizo á san Pablo cuando lo llamó desde el cielo, en tres dias no comió bocado, contemplando en tan gran beneficio y gracia como Dios le habia hecho en medio de sus vicios y pecados.

Y así dijo Platon (1) que las cabezas de los hombres sabios ordinariamente eran flacas, y se ofendian fácilmente con cualquiera ocasion, y es la causa, que naturaleza las hizo á teja vana con intento de no ofender al ingenio cargándolas de mucha materia. Y es tan verdadera esta doctrina de Platon, que con estar el estómago tan desviado del cerebro, le viene á ofender, si está lleno de pringue y de carne. En confirmacion de lo cual, trae Galeno un refran que dice: El vientre grueso engendra grueso entendimiento (2).

Y en esto no hay más misterio de que el cerebro y el estómago están asidos y trabados con ciertos nervios, por los cuales el uno al otro se comunican sus daños, y por lo contrario, siendo el estómago enjuto y descarnado, ayuda grandemente al ingenio, como lo vemos en los famélicos y necesitados; en la cual doctrina se pudo fundar Persio, cuando dijo que el vientre era el que daba el ingenio al hombre. Pero lo que más se ha de notar en este propósito es que si las demas partes del cuerpo son gruesas y carnosas, por donde el hombre viene á tener gran corpulencia, dice Aristóteles (3) que le echa á perder la inteligencia. Por donde estoy persuadido que si el hombre tiene gran cabeza, aunque haya sido la causa estar naturaleza muy fuerte, y por haber tenido cantidad de materia bien sazónada, que no tendrá buen ingenio como siendo moderada. Aristóteles (4) es de contraria opinion, preguntando qué es la causa que el hombre es el más prudente de todos los animales. A la cual duda responde que ningun animal hay que tenga tan pequeña cabeza como el hombre respecto de su cuerpo, y entre los hombres, aquellos, dice, son más prudentes que tienen menor cabeza; pero no tiene razon, porque si él abriera la cabeza de un hombre y viera la cantidad de sesos que tiene, hallára que dos caballos juntos no tienen tantos sesos como él. Lo que yo he hallado por experiencia es, que los hombres pequeños de cuerpo, es mejor declinar la cabeza á grande, y en los que son de mayor corpulencia, á pequeña, y es la razon, que de esta manera se halla la cantidad moderada, con la cual obra bien el ánima racional. Fuera de esto, son menester cuatro ventriculos en el cerebro para que el ánima racional pueda discurrir y filosofar: el uno ha de estar colocado en el lado derecho del cerebro, y el segundo en el izquierdo, y el tercero en el medio de estos dos, y el cuarto en la posterior parte del cerebro, como parece en esta figura. De qué sirvan estos ventriculos, y las capacidades anchas

ó angostas al ánima racional, adelante lo dirémos tratando de las diferencias de ingenio que hay en el hombre. Pero tambien no basta que el cerebro tenga buena figura, cantidad suficiente, y el número de ventriculos que hemos dicho, con su capacidad poca ó mucha, sino que sus partes guarden cierto género de continuidad, y que no estén divisas. Por la cual razon hemos visto en las heridas de cabeza, unos hombres perder la memoria, otros el entendimiento, y otros la imaginacion, y puesto caso que despues de sanos volvió el cerebro á juntarse, pero no á la union natural que él tenia de ántes.

La tercera condicion de las cuatro principales era el estar el cerebro bien templado con moderado calor y sin exceso de las demas calidades. La cual disposicion dijimos atras que se llamaba buena naturaleza, porque es la que principalmente hace al hombre hábil, y la contraria inhábil. Pero la cuarta, que es tener el cerebro la sustancia ó compostura de partes sutiles y muy delicadas, dice Galeno (5) que es la más importante de todas, porque, queriendo dar indicio de la buena compostura del cerebro, dice que el ingenio sutil es señal que el cerebro está hecho de partes sutiles y muy delicadas, y si el entendimiento es tardo, arguye gruesa sustancia, y no hace mencion del temperamento.

Estas condiciones ha de tener el cerebro para que el ánima racional pueda hacer con él sus razones y silogismos; pero hay de por medio una dificultad muy grande, y es, que si abrimos la cabeza de cualquier bruto animal, hallarémos que su cerebro está compuesto de la misma forma y manera que el hombre, sin faltarle ninguna condicion de las dichas. Por donde se entiende que los brutos animales usan tambien de prudencia y razon, mediante la compostura de su cerebro, ó que nuestra ánima racional no se aprovecha de este miembro por instrumento de sus obras, lo cual no se puede afirmar. A esta duda responde Galeno diciendo: *In animalium genere quod irrationale appellatur, nulla omnino data ratio sit, sane dubium est. Nam et si caret ea quæ in voce versatur, quem sermonem nominant: quæ tamen animo concipitur (quam ratiocinium dicunt) ejus fortasse particeps omne genus animalium est, quamquam aliis parcius, aliis liberalius tributa sit. Sed profecto quam cæteris animalibus homo sit hac ipsa ratione præstantior, nemo est qui dubitet.* Por estas palabras da á entender Galeno, aunque con algun miedo, que los brutos animales participan de razon, unos más y otros menos, y dentro de su ánimo usan de algunos silogismos y discursos, puesto caso que no lo puedan explicar por palabras. Y que la diferencia que les hace el hombre consiste en ser más racional y usar de prudencia con más perfeccion. Tambien el mismo Galeno prueba con muchas experiencias y razones que los asnos (siendo entre los brutos animales los más necios) alcanzan con su ingenio las cosas más sutiles y delicadas que Platon y Aristóteles hallaron; y así colige diciendo: *Ergo tantum abest, ut veteres philosophos laudem, tamquam amplum aliquid magnæque subtilitatis inven-*

(1) Dialog. de nat.

(2) Dos géneros hay de hombres gruesos: unos llenos de carne, huesos y sangre, otros son gruesos de pringue, y otros son muy ingeniosos.

(3) Lib. De part. animalium.

(4) 30 sect., probl. 3.

(5) Lib. Artis medic., cap. xii.